

cultura

Sin correspondencia

Víctor Pliego

UN AMIGO aún tiene recado de escribir, redacta sus cartas con pluma estilográfica (o de ganso tal vez) y las manda en sobre lacrado por correo físico. Es un caso extraño en ese universo del correo sobre papel que ya solo utilizan para sus envíos los publicistas y los bancos. A pesar de que casi nadie manda cartas en sobres, hoy nos escribimos más que nunca a través del teléfono móvil, del correo electrónico y de la mensajería instantánea. A través de los aparatos electrónicos, que empiezan a tener más vida propia de lo que sería deseable, la correspondencia ha deshumanizado a la misma velocidad que nuestro mundo. En realidad, ya no hay correspondencia en el sentido tradicional de la etiqueta, pues muchos destinatarios no se molestan en responder ni siquiera con un breve acuse a los mensajes que reciben. Cuando un mensaje enviado con cariño queda sin respuesta, me siento apesadumbrado. Temo que algunos no distingan entre la máquina y la persona que detrás está: a los dos tratan con igual descortesía. Es verdad que muchos mensajes llegan con inmediatez que a veces resulta impertinente, es cierto que no todos los mensajes son personales ni requieren respuesta, pero otros muchos sí.

El problema se agrava con las llamadas perdidas, llamadas que dan lugar a malentendidos e incluso a rupturas matrimoniales. La costumbre de contestar puntual y cortésmente a las misivas ha desaparecido, igual que muchas otras muestras de anticuada urbanidad, tales como saludar o dar las gracias. Se ha impuesto un nuevo protocolo donde las relaciones personales son brutales. Tal vez antes también lo fueran, pero la cortesía suavizaba el trato entre las gentes de cierta educación.